



Editorial Xplora 2014

Páginas: 332 pg.

Dimensiones: 15x22 cm

ISBN. 978-84-15797-29-6

Disponible en librerías y en :  
[editorialxplora.com/tienda](http://editorialxplora.com/tienda)

EDITORIAL XPLORA

*Lee viajando. Viaja leyendo*

[www.editorialxplora.com](http://www.editorialxplora.com)

[info@editorialxplora.com](mailto:info@editorialxplora.com)

*XPLORA es una editorial independiente formada por un grupo de amantes de los viajes, el deporte, la montaña y los libros. A través de las páginas de nuestros libros recorreremos países ligeros de equipaje, descubriremos hasta donde llegan los límites del hombre, cruzaremos desiertos, exploraremos montañas lejanas, conoceremos nuevas culturas y viajaremos a los lugares más sorprendentes del planeta.*



# NOTA DEL EDITOR

Felice Benuzzi nació el 16 de noviembre de 1910 en Viena. Su padre, italiano, y su madre, austriaca, eran grandes amantes de la montaña. Siendo Felice un niño, su familia se traslada a Trieste, donde comienza a escalar en los Alpes Julianos y en los Dolomitas.

Benuzzi se graduó en la facultad de derecho de la Universidad de Roma, llevando al mismo tiempo una intensa actividad deportiva y participando en numerosos campeonatos internacionales de natación entre 1933 y 1935.

En 1938 entró a formar parte del servicio colonial italiano y fue enviado a Addis Abeba, donde permaneció hasta 1941, momento en el cual Etiopía es ocupada por los británicos. Declarado prisionero de guerra, fue internado en el campamento de prisioneros 354 a los pies del Monte Kenia. La ubicación del campamento hacía imposible cualquier huida a un país aliado. Sin embargo, esa nunca fue la intención de Benuzzi. Fiel a su manera de pensar, su único interés era escapar del aburrimiento de la vida en el campamento. Y es en este punto donde comienza la historia que se narra en este libro.

Felice Benuzzi fue repatriado en agosto de 1946, e inmediatamente se puso a escribir e ilustrar *Evasión en el Monte Kenia*. Tras la disolución

del servicio colonial italiano, comenzó a estudiar de forma intensa la carrera diplomática y pasó a formar parte del Ministerio de Asuntos Exteriores. Un año después fue designado vicecónsul de París. Más tarde, en 1951, pasó a ser vicecónsul italiano en Brisbane, Australia. Su carrera diplomática le llevo a Pakistán, Alemania, Francia y Uruguay, donde se involucró de manera especial para que su país formase parte en las investigaciones científicas que se estaban llevando a cabo en la Antártida. Se retiró en 1976 con el rango de embajador.

Durante toda su vida continuó escalando el mayor número de montañas posibles allí donde iba, escribiendo muy a menudo sus experiencias. Como testimonio quedan sus numerosos artículos en los que detalló sus escaladas por Nueva Zelanda, Australia, Bolivia, Alpes o en el Monte Whitney, en Estados Unidos, a la edad de setenta y cinco años. Por supuesto también escribió sus maravillosas experiencias en la Antártida.

Benuzzi escribió todos sus artículos sobre viajes y montaña en italiano. Pero por contra escribió el manuscrito original de este libro en inglés. Su biografía del guía italo-suizo Matthias Zurbriggen tuvo un gran éxito en Italia. Se encontraba trabajando en su traducción al inglés, cuando en 1988 le llegó la muerte.

Este libro no es solo la emocionante historia de una aventura increíble, también es un claro testimonio del espíritu humano, siempre dispuesto a recuperar su dignidad.

# EL ESPEJISMO

## **Campamento de prisioneros**

Tras un viaje de treinta y seis horas, el largo tren se detuvo a las afueras de una pequeña estación cuyo nombre no podía leer desde nuestro “vagón” de ganado.

A nuestra izquierda había un extraño bosque de espinos con suaves tallos verdes, a la derecha una vasta llanura en donde las cubiertas de chapa corrugada de cientos y cientos de barracones brillaban entre la bruma del mediodía. Entre las torres de vigilancia se podía adivinar la alambrada.

Solo con ver el campamento el mundo se te venía abajo. Nos miramos los unos a los otros como hipnotizados, pero nadie se atrevió a pronunciar en voz alta la pregunta que todos nos hacíamos: “Sí, ahí dentro, pero ¿por cuánto tiempo?”.

Un silencio sepulcral reinaba en el vagón mientras los hombres recogían sus escasas pertenencias. Una columna de prisioneros igualmente silenciosa proveniente del primer vagón estaba reunida en el exterior, junto a los raíles. Sin duda éramos más de un millar en aquel tren, pero no se escuchaba ni un alma.

Las moscas zumbaban en el pesado aire. En el cercano bosque las palomas arrullaban con irónica indiferencia.

Al viajar en el último vagón, fuimos los últimos en comenzar la lenta marcha. Mientras tanto, la cabeza de la columna había cubierto buena parte de la distancia entre el tren y el campamento. Al hacerlo, se había levantado tal cantidad de polvo que fuimos privados de la deprimente vista de nuestro objetivo.

Finalmente llegó nuestro turno y comenzamos a marchar mecánicamente de cuatro en cuatro con la cabeza gacha bajo el calor del mediodía. El enorme caracol, lento y mudo, se arrastró a través de la nube de polvo como si marchase hacia el infinito.

Nos detuvimos a la entrada del campamento y entramos por la puerta de uno en uno. Era al fin, tal y como nos habían asegurado, el campamento “definitivo”. Que palabra tan horrible: “¡Definitivo!”.

No había vegetación que ocultase, ni cualquier otra cosa que suavizase, la crudeza de la cerca de alambre de espino. Los postes que sujetaban la alambrada, similares a horcas, se elevaban rígidos, casi parecía que de forma desesperada, hacia un cielo sin nubes.

\*\*\*

“¿Por qué me has despertado?”.

“Son las siete y media”.

“Pero si no se pasa lista hasta las ocho y media. Me has robado una hora”.

“¿Robado?”.

“Si me hubieses dejado dormir me habrías evitado una hora de cautiverio”.

\*\*\*

Una voz desde la parte superior del barracón: “Se necesita a un cuarto hombre para jugar al bridge”.

Respuesta desde el otro extremo: “Por media barra de pan soy tuyo”.

\*\*\*

Anuncio en la puerta de un barracón: “¿Quieres un largo y feliz cautiverio? Haz como hizo mi abuela. Vivió ciento diez años porque sólo se preocupaba de sus propios asuntos”.

\*\*\*

La gente en los campamentos de prisioneros no vive. Tan solo vejeta. O como escribió un escritor ruso: “Viven a nivel fisiológico”.

\*\*\*

Del diario polar del almirante Cagni (1900, cuando llegó hasta la latitud más septentrional alcanzada hasta la fecha), refiriéndose a la vida en los barracones durante las largas noches polares:

*“El espíritu queda mitigado cada vez más, y la mente se ve invadida por una extraña indiferencia por todo lo no material y lo que no está presente”.*

*“A pesar de vivir en grupo cada hombre se siente extrañamente aislado de sus compañeros”.*

*“Cada recuerdo de cuando llevábamos una existencia menos parecida a la de un animal, engendra nostalgia, y con ella una remota especie de sufrimiento. Al olvidar todo y vivir como un oso, uno no siente necesidades morales que no pueden ser satisfechas”.*

Estas verdades pueden perfectamente aplicarse a nuestra vida como prisioneros de guerra.

Pero el almirante Cagni también escribió:

*“Me gustaría emular a un espartano y dejar todos mis malos hábitos. Nunca en mi vida habrá mejor ocasión para hacerlo”.*

\*\*\*

Nunca estás solo.

Si abres una carta (si tienes la suficiente suerte de recibir una, muy de vez en cuando) diez pares de ojos te observan y diez bocas te bombardean a preguntas: “¿Alguna noticia?”, “¿Buenas nuevas?”, “¿Todo bien?”, “¿Están todos bien?”. “Muchas gracias”, te gustaría responder, “por vuestro amable interés, pero ¿me podéis dejar a solas para que lea, aunque sea un momento?”.

Si abres tu maleta (si tienes la suerte de tener una) para airear tus harapos o para ahuyentar esos escarabajos negros que infectan los barracones en legiones, inmediatamente tus “amigos” te rodean y exclaman: “¡Mira! Todavía tiene un par de calcetines de recambio”, “¿Qué libro es ese?”, “¿Puedo pegarle un vistazo a esta foto?” y así continuamente.

Ni siquiera se puede silbar una melodía (si por algún motivo te levantas de buen humor) sin escuchar a otro prisionero al otro lado del barracón uniéndose para silbar la misma canción.

Por la noche caes dormido de inmediato, pero después de unas pocas horas te despiertas de nuevo. Te sientes tan cansado que ni siquiera quieres abrir los ojos, pero sientes una terrible lucidez en tu mente.

Simplemente te quedas tumbado y recuerdas. Lentamente comienzas a “ver” episodios vividos años atrás; frases, diferentes voces y rostros que aparecen de nuevo con tanta claridad como si fuese posible rebobinar la película de tu propia vida; como si estuvieses presente, como espectador y personaje al mismo tiempo, en la producción de una película. Es en realidad un “musical”, porque muchos episodios tienen una especie de trasfondo de canciones pegadizas que tuvieron su breve momento de gloria. Es por esto, que 1934 está conectado con la canción *Why*, el verano de 1938 con *Following the fleet*, del mismo modos que otros años y estaciones están inalterablemente relacionadas con otras canciones.



Poco a poco el gris amanecer llega y finalmente te sumerges en un breve e intranquilo sueño que no te sirve para descansar.

Recordar es bastante peor que olvidar. Este no es un descubrimiento mío. Era una antigua verdad en los tiempos del estadista griego Temístocles. Una vez se le acercó –según cuenta la historia– un maestro de escuela que le pidió una recompensa por haber pensado un sistema de enseñanza a través del cual se mejoraba la memoria de sus alumnos. Temístocles le respondió: “Te daré una recompensa si inventas un método que permita a la humanidad aprender a olvidar, no a recordar”.

\*\*\*

La única actividad para toda esta multitud de personas es dar vueltas por el campamento todo el día –este campamento tiene sitio para diez mil personas, es una ciudad—. Tan solo caminan y se paran donde ven a otras personas hablar. Allí se quedan un rato y se unen a la conversación.

¿De qué hablan?

Un pesimista solía decir: “El setenta y cinco por ciento de las cosas que se hablan en el campamento son mentiras y el veinte por ciento estupideces. Tan solo el cinco por ciento restante son cuestiones dignas de ser discutidas”. A veces me pregunto si no era en realidad una persona optimista.

No es de extrañar que los campamentos sean el campo de cultivo de los rumores más fantásticos. Engendrados de forma misteriosa, prosperan en una atmósfera malsana y son discutidos con avidez e, inevitablemente, son finalmente aceptados como verdad.

\*\*\*

Cualquier distracción, cualquier espectáculo es bienvenido.

Una vez vi a unos cien prisioneros reunidos entre dos barracones. Me acerqué con curiosidad para ver qué es lo que llamaba su atención.

Observaban cómo un gato jugaba con un ratón. Y estaban dispuestos a verlo durante horas.

\*\*\*

A veces, con el toque de diana, cuando una vez más abres los ojos para darte cuenta de que estás prisionero, no tienes el coraje para aceptar el día. Cierras de nuevo los ojos con la esperanza de arrebatarse unos pocos instantes más al mundo de los sueños.

Es imposible. Tus compañeros ya están de pie. Carlo se afeita mientras silba *Danse Macabre* de Saint-Saëns; la gente da golpes con las puertas y las maletas. Estás obligado a reunir todas tus fuerzas para saltar de la litera y aceptar tu cautiverio.

\*\*\*

Todavía quedan unos cuantos libros en circulación.

Cualquier periodicucho que entra al barracón es atacado por diez o veinte hombres hambrientos de lectura. “¿Qué es eso?”, “Déjame echarle un vistazo”, “Sólo es un momento, por favor”.

Si resulta ser un libro –un libro en terribles condiciones, por supuesto– comienza una lucha por el “derecho” de prioridad.

“Cuando acabes las primeras cien páginas ¿te importaría dármele a mí?”, “Soy segundo”, “Por favor, yo iba primero, así que él es segundo, y tú el tercero”. Lo que da paso a una discusión sin fin.

El lector normalmente objeta: “¿Cómo te puedo prestar el libro si lo tengo que devolver mañana a las 9 de la mañana?”.

“No importa. Leo rápido”.

“He encontrado media pinta de aceite para mi lámpara. Puedo leer toda la noche. Dámelo a mí”.

A pesar de todo es una lucha agradable; ya que mientras dura, el tiempo vuelve a ser algo valioso.